

NUESTRA SALVACIÓN EN JESUCRISTO

Luis Alfredo Escalante, SDS

Introducción

Salvatorianos y salvatorianas hemos sido llamados a dar testimonio del Jesucristo Salvador con todas las formas y medios que él mismo nos inspire. En tal sentido, el *Salvator mundi* recoge lo esencial de nuestra espiritualidad y el contenido del mensaje evangelizador que proclamamos en tantos lugares del planeta. Por lo anterior, conviene precisar lo que puede entenderse por salvación y por Jesucristo como Salvador, a fin coincidir en el contenido fundamental de nuestro anuncio y en las formas de proponerlo como Salvador de la humanidad. Este escrito pretende, entonces, reflexionar ligeramente acerca del misterio de Jesús como quien accede a la salvación al género humano de modo peculiar y sugestivo. No se hará una fundamentación exhaustiva del término salvación en la Biblia o en la teología sistemática, sino una reflexión acerca de la salvación que como salvatorianos y salvatorianas estamos llamados a testimoniar y anunciar. Es decir, aquí se intenta desarrollar una perspectiva salvatoriana de la salvación cristiana que nos permita ratificar el deseo de ser seguidores y anunciadores de Aquel que nos salva.

1. La esperanza de la salvación

El ser humano anhela salvarse

Existen muchas comprensiones en torno a la salvación humana. Salvarse puede entenderse como librarse de algo, ser eximido de un castigo, preservarse de una tragedia, ser rescatado de un suplicio, librarse de una pena o desgracia. En verdad, a la luz de la revelación que Dios ha realizado en Jesucristo, salvarse es esto y mucho más. Podría decirse que la salvación constituye la gran esperanza de la humanidad, de los seres humanos que se relacionan con la divinidad. La relación con Dios es entonces el alimento de la esperanza salvífica de las personas.

La salvación concierne, entonces, a la liberación de la muerte, de la condenación y de la perdición humana. Salvarse implica desarrollar los dinamismos que permitan vivir la vida según aquello para lo cual fue creada, pensada y recibida. Los seres humanos recibimos la vida como don gratuito de parte de Dios y hemos sido llamados a realizarla a cabalidad y en plenitud. El designio salvífico será la felicidad de cada individuo en relación con sus semejantes y con Dios. Salvarse significa, en últimas, desplegar las potencialidades de la existencia propia de manera que responda a las expectativas del creador y dueño de la vida.

De lo anterior se puede concluir que no salvarse denota desperdiciar, deshonorar, destruir y perder el don preciado de la vida que cada persona ha recibido. A partir de la fe judeo-cristiana es necesario agregar que salvarse significa justificarse; es decir, otorgar a la vida su máxima significación y dignidad, ratificarle su carácter trascendente y divino, vivirla de modo que el Padre creador se sienta orgulloso de su creatura humana.

Salvación a partir de la revelación bíblica

Es posible afirmar que para el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento la esperanza de salvación estaba definida por el don divino del restablecimiento del pueblo en todas sus expresiones (Zacarías 10, 9-12)¹. Israel necesitaba recuperar las condiciones necesarias para volver a ser aquel pueblo con quien Dios había establecido una alianza de amor y había intervenido salvíficamente de modo especial desde Abraham hasta el reinado de David². Por

¹ Cf. KAISER, Walter, *Hacia una teología del Antiguo Testamento*, Editorial Vida, Miami, 2000.

² Cf. VON RAD, Gerhard, *Teología del Antiguo Testamento I*, Sígueme, Salamanca, 1993, 435-436.

eso, la tierra, las instituciones sociales y religiosas, el sacerdocio, la gobernanza y la profecía, así como la ética de cada israelita, harán parte constitutiva de su identidad y de sus ideales más profundos. Así, la esperanza judía se basaba en la acción bondadosa de Yahvé quien permitiría congregarse a los dispersos, reorganizarse como pueblo y relacionarse cercanamente con Él, como su único Dios. Yahvé enviaría a su Mesías como garante de esta rehabilitación social, política y religiosa³. Yahvé entonces restauraría todo, es decir, la vida, la tierra, el pueblo, las instituciones, los corazones (Isaías 26, 19)⁴.

En el tiempo de Jesús el común de las personas, pertenecientes a la cultura judía, comparten la esperanza de una salvación como respuesta a dos grandes realidades que afectan la existencia humana y desestabilizan las relaciones interpersonales y sociales, estas realidades son la enfermedad y el pecado. Se trata de dos situaciones que tocan tanto la dimensión corporal como la espiritual de la persona y terminan por condicionar la esperanza cristiana refiriéndola a la necesidad de salud y de perdón. En tal sentido, la salvación se halla vinculada especialmente con la vida y las expectativas de los pobres y sufrientes de Israel. De ahí que pobres, viudas, huérfanos, forasteros, pecadores, publicanos y prostitutas sean presentados por el mismo Jesús como privilegiados del Reino de Dios que ha sido esperado y que ahora llega.

En términos cristianos, entonces, la salvación se relaciona con el ver a Dios, encontrarse con Él, experimentarlo como Dios poderoso y fuerte a favor de quienes creen y se entregan a Él. Este verle, experimentarle, encontrarle y relacionarse con Dios se expresará en la historia humana pero tendrá su manifestación definitiva en el futuro de los seres humanos. Ello quiere decir que la salvación humana a la luz de nuestra fe, y gracias a la revelación divina en la Sagrada Escritura posee tres dimensiones: pasada, presente y futura. Siendo nuestro principio, garantía y meta, Dios constituye nuestra salvación. Es decir, hemos sido salvados por Dios en Jesucristo (ayer), Dios sigue salvándonos en el hoy de nuestra historia presente (hoy) y seremos salvados de manera definitiva después de nuestra muerte (mañana y siempre). En esta triple dimensión se expresa la salvación como promesa y cumplimiento, como don y tarea, como llamado y respuesta, como búsqueda y hallazgo. Lo anterior señala que la salvación constituye una especie de horizonte existencial que jalona la vida, sustenta nuestra cotidianidad y da sentido a todo lo que a un ser humano puede acontecerle.

Cada persona está llamada a salvarse

Si la salvación es un don de Dios a la creatura humana, ello implica que Dios mismo ha dispuesto en la existencia de todo ser humano la capacidad de buscar y alcanzar dicho don. Hemos sido creados para salvarnos, Dios quiere que todos los seres humanos se salven (1 Timoteo 2,4), quiere que ninguno de sus hijos se pierda (1 Juan 2,2), que todos y todas tengamos vida eterna (Juan 3, 16). Por ello, cada persona, cada creyente, está llamado a caminar por la senda de la salvación, es decir, a vivir la vida en clave de plenitud, a aguardar activamente la acción cotidiana de Dios así como su manifestación definitiva en el reino de la eternidad.

Estar llamado a la salvación y buscar dicha salvación exige el cultivo de cualidades como valentía, sabiduría, fidelidad y coherencia existencial respecto al Dios que nos crea, nos ama y nos salva. Dios nos ha hecho capaces de salvación. Por ello, la tradición teológica ha hablado del hombre como *capax Dei*; y esta capacidad de salvación se desprende de la capacidad de divinidad que Dios mismo nos ha dado. El don de la salvación nos capacita para no dejarnos vencer o aniquilar por nada ni por nadie: “¿Quién nos apartará del amor de Dios?” (Romanos 8,35-39). En verdad, el cristiano se exalta en la hora de la tribulación; en la dificultad y el

³ Este puede ser el sentido del relato sobre los huesos secos narrado por Ezequiel (37, 1-ss).

⁴ Un término recurrente en algunos profetas será el de “Renuevo” y “Siervo”: Zacarías 3,8-9; 6,12; que provenía de Isaías 4,2; 53,7 y Jeremías 6,12.

sufrimiento es cuando más fuertes nos hacemos quienes creemos en Él (cf. 2 Corintios 12,10). Ello significa que somos capaces de dar sentido salvífico a todo cuanto nos sucede.

La fe en el Dios que nos salva implica, consecuentemente, asumir con valentía aquello que en cualquier momento de la vida pueda afectarnos la integridad, la armonía, el bienestar, la paz. Salvar la vida conlleva procesos personales de dignificación y realización, procesos comunitarios de reconocimiento e integración, procesos sociales de emancipación y liberación integral. La salvación humana se corresponde con dinamismos que humanicen, promuevan, dignifiquen, renueven y honren la vida en todas sus dimensiones o expresiones. Así, la lucha contra la injusticia, la desigualdad, la exclusión y la violencia traducen la búsqueda de una vida salvada.

2. Jesucristo Salvador nuestro

Con Jesús Dios irrumpe novedosamente en nuestra historia

Dada la grandeza de la libertad, el ser humano descubre la posibilidad de hacer su vida al margen de la promesa divina de realización plena, absteniéndose de acoger dicha promesa; es decir, desconociendo o prescindiendo de Dios y caminando en contravía y a espaldas de Dios. Esta realidad se revela a lo largo de la historia de la humanidad y se percibe en el momento en que irrumpe Jesús de Nazaret en nuestra historia personal y colectiva de manera novedosa y determinante. Jesús revela a un Dios presente y actuante no solo en favor nuestro –como creyó Israel–, sino además, a un Dios *en nosotros* y *con nosotros*: el verdadero *Emmanuel*. En tal sentido puede afirmarse que Jesús se manifiesta como quien desea restablecer la condición humana, integrarla y dignificarla desde la raíz, es decir, desde nuestra dignidad divina recibida del mismo Creador.

Es necesario recordar que según la tradición judeo-cristiana Dios siempre ha estado en la historia humana, en la historia del pueblo, en la historia concreta; no obstante, Jesús nos acerca aún más el misterio del Dios salvador manifestando de manera culminante y definitiva la proximidad de ese Dios dentro del misterio del ser humano. Jesús nos recuerda que fuimos concebidos por ese Dios para la felicidad, la realización plena, la salvación y que a lo largo de la historia nos perdimos en la búsqueda de intereses meramente superfluos o triviales. Así, Él nos revela el sentido más profundo de la condición humana y nos saca del fondo de la deshumanización para darnos nuevamente la dignidad de hijos e hijas de Dios. Una vida deshumanizada y precaria es muestra de un distanciamiento o alejamiento de Dios. Como revelador del Padre, Jesús manifiesta la verdad sobre el ser humano, sobre el mundo, sobre la Iglesia y sobre el mismo Dios.

Las formas y medios que Jesús emplea para hacernos asequible al Dios que nos salva son las mismas mediaciones humanas: las palabras y los actos. En tal sentido, Jesús es confesado como Hijo de Dios y como Dios mismo en persona por lo que hace, por lo que dice acerca de Dios, de manera que no ahorra nada para que en su vida pueda ser percibido y experimentado el Dios Trinidad de quien ha recibido todo. Podría decirse que: viendo la predicación y la praxis de Jesús en medio de su pueblo, no quedó, para quienes fueron sus testigos oculares, otra alternativa que confesarle como el Dios que salva con nosotros y en nosotros.

Compartiendo la fe judía de su tiempo, Jesús de Nazaret instaure una nueva manera de concebir a Dios y de relacionarse con Él. Nuestro Dios no ha olvidado a su pueblo sino que ha venido, ha irrumpido en la historia de manera inédita y transformadora. Dios se está haciendo presente ya no en la historia nacional de un pueblo ni de manera natural e impersonal; Dios ha llegado a reinar en todas las dimensiones de la existencia humana y de la historia: la personal, la comunitaria, la social y la cósmica. Como creyentes en Jesucristo, el Hijo de Dios, asumimos

que en Él, Dios está salvando al mundo y por tanto a quienes habitan dicho mundo; que Él, por tanto, es el salvador de la humanidad, de cada hombre y cada mujer abiertos a esta esperanza.

Jesucristo es nuestro Salvador

Esta es la verdad de nuestra fe: en Jesucristo, la humanidad ha sido salvada. Pero es necesario tener en cuenta que la salvación que Jesús nos accede es aquella que llega desde el reverso de la historia, más allá de las expectativas judías de un rey poderoso. Dios irrumpe en verdad desde nuestra historia como un Dios amoroso y justo, como Padre querido⁵; no manifiesta su poder como dominación sino como amor que salva a todo ser humano; su poder es servicio y entrega generosa. Dado que esta salvación divina desborda los límites del pueblo elegido, Israel, y se extiende a los hombres y mujeres de todos los pueblos y naciones, los medios usados por Jesús para hacer comprensible su obra salvadora serán aquellas situaciones en las cuales toda persona puede encontrarse fácilmente en cualquier momento: la pobreza, la enfermedad, el sufrimiento la exclusión.

La salvación de Dios en Jesucristo no nos llega desde las cortes de los reyes de la tierra, desde el templo majestuoso de los judíos ni desde los centros de poder y de saber de la época. La salvación llega en Jesús, un nazareno del común, campesino, marginal y de poco prestigio en su pueblo. De ello dan cuenta los evangelios y en ello profundizan algunos estudios sobre el Jesús histórico⁶. La salvación que nos trae Jesús es una salvación desde las periferias humanas, desde lo germinal de la historia, desde la humildad de una pesebrera y desde el grito escandaloso de una cruz; todo a la orilla de la historia. Jesús asume libre, gratuita y amorosamente este designio divino de salvación: “Yo doy mi vida voluntariamente” (Juan 10,17-18); ello significa que nuestra libertad y nuestra responsabilidad están implicadas en la realización de nuestra salvación concreta y en la salvación de la humanidad entera.

Jesús nos acerca al Dios que salva y nos insta una vida realmente salvada asumiendo en toda plenitud nuestra condición humana para así expiar el pecado de todos los seres humanos (Hebreos 2,5-18; Filipenses 2,6-11). Por ello es el único mediador entre el Dios salvador y nosotros los seres humanos. Él salva por cuanto vive la existencia más allá del pecado, es decir, más allá del no amor. Jesús desenmascara el pecado y anuncia una vida sin pecado, es decir, una vida en conversión y con el compromiso de superar el pecado social que atenta contra la condición de hijos e hijas de Dios y de un mundo en el que Dios vive, reina y ama. En consecuencia, quien cree en Jesús tiene la certeza de que sólo viviendo su vida al estilo de Jesús —es decir, cargando su propia cruz con Jesús— puede salvarse, porque sólo el amor salva. En ello consiste el *seguimiento* de Jesús al cual todos y todas somos llamados para salvarnos⁷: Conocemos a Jesús en la medida en que le seguimos, y en esta dinámica de seguimiento es como logramos conocer al verdadero Dios⁸, al que nos da vida eterna y nos salva. Este es

⁵ KASPER, Walter. *Jesús, el Cristo*. Sígueme, Salamanca, 1978. Kasper afirma: “El dominio de Dios consiste para él [Jesús] en la soberanía de su amor” (p. 135).

⁶ Cf. MEIER, John P. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tomo I: Las raíces del problema y de la persona*. Verbo Divino, Estella, 2ª ed., 1998 (en inglés: *A marginal Jew*. Doubleday-Bantam Doubleday Dell Publishing Group, 1991). CROSSAN, John Dominic. *El Jesús de la historia. Vida de un campesino judío*. Crítica, Barcelona, 2ª ed. 2007 (en inglés: CROSSAN, J.D. *The historical Jesus. The life of a mediterranean Jewish peasant*. HarperSan Francisco, 1991). PAGOLA, José Antonio, *Jesús, Aproximación histórica*, PPC, Madrid, 8ª edición, 2008.

⁷ Conocemos a Jesús en la medida en que le seguimos, y en esta dinámica de seguimiento es como logramos conocer al verdadero Dios, al que nos da vida eterna y nos salva. Este es quizá el sentido del texto que el P. Jordan ha extraído del evangelio de Juan para enfatizar a Jesucristo Salvador (Juan 17,3).

⁸ Se trata de un seguimiento como camino teórico y práxico que posibilite una fe auténtica: Cf. SOBRINO, Jon. *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*. Trotta, Madrid, 3ª Ed. 2007. Allí afirma Sobrino: “Fuera del seguimiento de Jesús, pensamos, no se sabe a ciencia cierta de qué estamos hablando al confesar a Jesucristo” (SOBRINO, Jon. *Op. Cit.* 455).

quizá el sentido del texto que el P. Jordan extrajo del evangelio de Juan para enfatizar a Jesucristo Salvador (Juan 17,3).

Confesar que Jesucristo nos salva significa entonces reconocer en Jesús a aquel en quien Dios y la humanidad se están reconciliando⁹. Él nos recuerda o nos devuelve nuestra condición de hijos e hijas de Dios. Por ello, creyendo, amando, siguiendo y conociendo a Jesucristo cada persona rescata lo mejor de su condición humana, la grandeza de su filiación divina. Esta relación con Dios nos abrirá a nuevas relaciones con los semejantes y nos permitirá aportar a la construcción de una humanidad reconciliada, justa, fraterna y pacífica.

3. Participamos y cooperamos en la obra salvadora hoy

Predicación y praxis a la manera del Divino Salvador

Según los relatos bíblicos Jesús salva en su praxis y en su mensaje, en su muerte y en su resurrección, esto es, viviendo su humanidad plenamente, asumiendo la condición humana con hondura y radicalidad. Él nos salva trabajando, luchando cotidianamente, esforzándose por entender la vida y el mundo, empeñándose en comprender a las gentes de su tiempo, compartiendo con los últimos, sufriendo por los que sufrían, liberando y animando a los decaídos, atendiendo a los necesitados que acudían a él, enfrentando el desprecio innmercido, soportando el suplicio de la muerte. Y nos salva definitivamente gracias a la respuesta que el Padre da a su vida y a su misión mediante la resurrección. Es decir, Jesucristo nos ha salvado viviendo su humanidad plenamente mediante estos actos de justicia, en los que se cumplió el designio salvífico del Padre, gracias a la acción del Espíritu Santo que actuó decisivamente en Jesús¹⁰. Dios no nos salva desde una esfera especial y fuera de la historicidad humana, sino en el corazón de ella misma. Por eso no tenemos que pensar que salvarnos significa salir de estas coordenadas históricas nuestras, sino, antes bien, asumiéndolas con altura y responsabilidad, a la manera de Jesús.

De la predicación y la praxis mediante las cuales Jesús nos acerca a Dios y su Reino, se desprenden los rasgos y los énfasis específicos en nuestra manera de seguir y anunciar a Jesucristo. Consecuentemente, tenemos la misión de ayudar a que las personas con quienes vivimos y trabajamos puedan tener una experiencia de Dios profunda y transformadora. Jesús restituye la dignidad humana en todas sus expresiones; se acerca a todas las personas y las reconoce, las acoge y les da su valor, las escucha y las mira, las toca y las levanta, las restaura y las reintegra a la sociedad. De ahí que nuestra praxis evangelizadora deba posibilitar en los demás la convicción y la alegría de creer en Jesús como Divino Salvador, quien nos devuelve las ganas de vivir, el gusto y la pasión por la vida.

Jesús prefirió los medios, los ambientes y las actitudes de los pobres y excluidos de su pueblo como garantía de la universalidad del Reino de Dios; por eso nuestra acción evangelizadora debe asumir siempre la causa de los pobres; ellos deben permanecer en el centro de nuestras luchas: “A los pobres siempre los tendrán con ustedes” (Juan 12,8). Nuestra opción por el pobre implica una lucha por la superación de la pobreza y los rasgos deshumanizantes producidos por la extrema carencia material. También exige el reconocimiento y compromiso con las personas que se cierran a Dios y con su injusticia, corrupción, egoísmo, exclusión y rencor (signos de pecado) generan y alimentan la miseria y el sufrimiento de tantos hombres y mujeres. Fue a partir de su opción por el pobre como Jesús expresó la universalidad del amor divino, la universalidad de la salvación. Los modelos para acceder al Reino de la salvación serán el pobre que es capaz de tener a Dios como su único absoluto, el pequeño que por su

⁹ “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Corintios 5,19).

¹⁰ Este es, a mi juicio, el sentido del mensaje de Pablo en Tito 3,4-7.

debilidad y vulnerabilidad no dominan ni humillan a los demás, y el pecador que se atreve a arrepentirse y a convertirse, expresando así el poder amoroso y transformador de nuestro Dios.

Ser testigos de la salvación supone creer y amar al Hijo de Dios, estar del lado del Salvador e intimar con él, conocerle y seguirle como único Salvador. A partir de esta convicción salimos a las fronteras humanas con el deseo firme de compartir con todos los hombres y mujeres la grandeza, la verdad y la conveniencia de la fe en Jesucristo Salvador. Nuestra misión es continuar la misión del Salvador, es decir, cooperar en la obra salvadora de Jesús: salvarme, salvarnos, ayudar a los demás a salvarse y contribuir en la salvación del mundo. En verdad ella es la misión de toda la Iglesia (LG, 8)¹¹, pero Francisco Jordan nos ha dado un matiz peculiar al insistirnos que debemos hacerlo mediante la palabra hablada, obrada y escrita; siendo apóstoles y promoviendo la vida apostólica en todos los creyentes; dando testimonio de unidad y entrega evangelizadora (celo apostólico); viviendo en sencillez y trabajando privilegiadamente por los pobres, los niños y los jóvenes; yendo a los lugares en donde más se hace necesaria la experiencia de la salvación, en público y de casa en casa (cf. Regla de 1884).

Los medios y las formas que el mismo Salvador emplea para hablar y acercar el Reino de Dios, inspiran nuestro anuncio de la salvación. El recurso a las parábolas nos plantea la necesidad de comprender lo más claramente posible el misterio de la salvación para poder transmitirlo de modo comprensible a las gentes de todo tiempo y lugar; ello demanda una preparación teológica constante y actualizada. Los signos prodigiosos del Reino mediante sus milagros nos plantean el desafío de atender las necesidades más hondas de las personas en la actualidad ayudando a superar las situaciones de ceguera ante las realidades que humanizan, de postración que impide avanzar hacia la plena realización humana, de desequilibrio personal y social, de sufrimiento de cualquier índole y de muerte prematura. Esto requerirá una atención a la historia personal, familiar y social para dar un adecuado testimonio de fe y de salvación hoy. El interés por la realización digna y plena de las personas, la constante referencia al Dios que se nos ha revelado en Jesús, la sencillez de vida y la alegría de corazón, la creatividad y la valentía profética, son actitudes que deben caracterizar nuestra misión apostólica hoy.

Damos testimonio de la salvación aquí y ahora

Tener, como salvatorianos y salvatorianas, el encargo misionero y la característica carismática del seguimiento y el anuncio del Salvador nos exige adquirir claridad respecto al misterio de salvación de la humanidad que se concretado en la encarnación y la donación total del Hijo en nuestra propia historia, con todo lo que ella tiene de grandioso y de caduco.

Ser testigos de salvación trae enormes desafíos y consecuencias a favor de la vida humana es todos sus niveles: En el nivel individual implicará un interés incansable por propiciar dinanismos de realización y plenitud personal, lo que supone una liberación humana integral (espiritual, material, racional). En el nivel comunitario significará una promoción constante de dinámicas de renovación o revitalización de la vida que juntos construimos. En el nivel social implicará la apuesta por procesos de reconciliación y convivencia interhumana que aseguren el máximo bienestar de los hombres y las mujeres. Ser salvatorianos nos exige ponernos de parte de la vida, la justicia, la solidaridad, la reconciliación y la no violencia. Nuestro anuncio de salvación tiene entonces relación con la preocupación por la salud, la educación, el derecho, la economía, la política, la cultura y la ciencia; es decir, con la tarea de ser constructores de una nueva y mejor sociedad.

¹¹ Según el Concilio Vaticano II, la Iglesia es instrumento vivo de la salvación traída por Jesús, por tanto “ella está destinada a recorrer el mismo camino [del Salvador] a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres” (*Lumen Gentium*, n. 8).

Todo lo anterior nos lanza a la permanente tarea de discernir los mejores medios y estrategias para ayudar a muchos y a muchas al Salvador de manera cercana y transformadora. Entre nuestras estrategias evangelizadoras están: brindar una educación formal que permita contribuir a la construcción de un mundo salvado por Jesucristo; propiciar una instrucción catequética que alimente la convicción profunda y comprometida de la fe en el Señor; ofrecer una formación de la conciencia religiosa que aporte a la superación del clericalismo, el infantilismo y el indiferentismo cristiano tan arraigado en algunos sectores de nuestra Iglesia. Una formación en todas las dimensiones de nuestra complejidad humana ayudará a que todos los fieles cristianos y cristianas entendamos y asumamos la salvación que Jesucristo nos ha traído como expresión de la realización integral de la persona y el establecimiento de un mundo donde Dios reine amando y haciendo nuevo todo cuanto existe. Ello implicará también un compromiso con la liberación de todo lo que deshumaniza a la persona, destruye nuestro planeta y amenaza las posibilidades de vida de las generaciones venideras. Dar testimonio de la salvación en Jesucristo será, en últimas, ofrecer a las personas y comunidades humanas motivos para vivir con sentido la vida, para insistir en la reconciliación social y para revitalizar la esperanza en un mundo distinto y mejor para todos y todas.

Preguntas para reflexionar

1. Relee la Carta Magna de la Familia Salvatoriana a la luz de este artículo.
 - a. Anota las palabras o frases que te llamen la atención y pregúntate, “¿qué me está diciendo y cómo voy a responder?”
 - b. ¿Cuáles serían algunas de las implicaciones para la Familia Salvatoriana en tu región/o globalmente?
2. A la luz de este artículo, si tuvieras que revisar la Carta Magna de la Familia Salvatoriana, que le añadirías o cambiarías?
3. ¿Qué experiencia concreta de universalidad he tenido?, ¿Contribuye esta experiencia a mi crecimiento personal?
4. “Trabajar con Dios por la salvación de las almas” (Padre Jordán) ¿Qué significa para mí/nosotros en nuestro tiempo? ¿Cómo lo traduciría en el lenguaje de hoy?